

MOHAMMED ACHAARI

El arco y la mariposa

Traducción del árabe
de Pablo García Suárez

Título original

الفؤيس والقراشة

© Mohammed Achaari, 2010

De esta edición

© Turner, 2015

Rafael Calvo 42, Madrid

www.turnerlibros.com

De la traducción

© Pablo García Suárez, 2015

Asesor de la colección

Gonzalo Fernández Parrilla

Diseño de la colección

Setanta

ISBN: 978-84-16142-94-1

D.L.: M-30721-2014

Impreso en España

Reservados todos los derechos en lengua castellana.

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento o trasmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Lo que para mí no es el Todo y eterno Todo, es Nada para mí.

FRIEDRICH HÖLDERLIN, *Hiperión o el eremita en Grecia*

El embrollo según Farsiwi

1

Al leer la nota, de una sola línea y trazo enmarañado, me atravesó un escalofrío. Sentí como si me alejara de mí mismo; tanto, que no supe cómo atajar el desconcierto que me sacudía ni cómo volver en mí. Cuando tras arduos esfuerzos conseguí finalmente reponerme, no encontré ya nada. Me había transformado en otra persona que pisaba por primera vez una tierra desolada. Y en esa nueva tierra comencé a afrontarlo todo con una insensibilidad que hacía que, para mí, todas las cosas fueran iguales. Ya no sentía rastro de dolor o de placer; ninguna traza de belleza; ningún deseo más que mis entrañas se removieran por cualquier causa; solo la incapacidad de lograrlo.

Lo que me pasó era similar a una afonía: ya no podía comunicar nada a los demás. Ninguna idea, ningún comentario, ningún chiste, ni la menor expresión. Cuando me hacían preguntas, a veces respondía pensando en cómo lo haría otro en mi lugar. Me veía totalmente incapaz de transmitir nada que tuviera la menor relación con las emociones, por la sencilla razón de que ya no sentía absolutamente nada.

Igual que una luz va debilitándose hasta acabar engullida por las tinieblas, aquello que me ocurría fue trasladándose gradualmente del ámbito de los sentimientos al de lo físico. Así, un día, de camino a la oficina, mientras me fijaba en las caras de la gente intentando descifrar sus intimidades solo por cómo olían, noté de pronto que un muro se había levantado entre el mundo y yo. Al tratar de comprender qué pasaba, me di cuenta de que había perdido por completo el sentido del olfato.

No se debía a ningún problema de salud ni tampoco a un decaimiento progresivo, fue algo fulminante que no pude anticipar. Pasaba cerca del Jardín Botánico cuando noté que mi percepción de la gente no funcionaba. Tras dejar a mis espaldas la plaza de Bourgoigne, sentí que un cuerpo pesado y frío me separaba del resto del mundo. Pasé el resto del día esforzándome en creer que solo era una impresión pasajera. Me tomé todas las bebidas frías y calientes que los bares y cafés de Rabat podían ofrecer, tragué decenas de alimentos diferentes y me eché por encima todos los perfumes que tuve a mano. Me arrimé a todos los seres que se cruzaron en mi camino, con la esperanza de hallar en la estela de sus pasos el rastro de algún aroma, un olor cualquiera. Estuve también no sé cuántas horas metido en el Bájira, mi bar favorito, de donde salí agotado, con el pecho oprimido. Pasé conduciendo lo que quedaba de noche hasta la casa, en la que llevaba ya viviendo, en medio de una violencia velada, un cuarto de siglo. De camino, me detuve junto al pretil del puente que salva la vía del tren, y allí me quedé contemplando el brillo metálico que despedían los raíles, ajenos a que sobre ellos pudieran pasar más trenes. Eso fue antes de vaciar de golpe todo lo que llevaba en mis entrañas. Fue como si vomitara al hombre que hasta aquel día había sido.

En aquel confuso compuesto químico no existía el menor rastro de olor.

Desde aquel día, y salvo casos contados, dejé de escuchar música, ver películas y visitar exposiciones o museos. Si, por motivos de trabajo, asistía a una recepción, me pasaba el rato escuchando a la gente charlar mientras yo trataba de recordar el sabor del vino, que en mi primera juventud tanto me había gustado y que ahora solo hallaba en la memoria. Era como un recuerdo remoto de las bebidas que tomaba y que solo diferenciaba por su color o temperatura.

En ese periodo de mi vida, convertido ya en todo un cincuentón, no sé muy bien cómo tuve la repentina certeza de haber perdido en algún momento a una mujer. Me empeñaba fallidamente en recordar quién era, y aun así notaba que algo denso me unía a ella. Me

sonaba haber hecho lo imposible por recuperarla, haber cosechado por ello numerosas decepciones y, pese a todo, no haber dejado de perseguirla. De todos modos, no retenía los detalles de toda aquella historia, e intentar evocar su apariencia o el camino que recorría para ir a verla me hacía caer presa de una obsesión atroz, y peor era no poder recordarlos, pues más me obcecaba entonces. No obstante, aquello no dejó huella alguna en mis sentimientos. Era como si lo que me moviera no fuera más que un mecanismo que, ajeno a mí, me activase.

Creo que tal estado me dotó de un encanto impreciso cuyo origen solo puedo explicar por la excitación de mi mente, que no paraba de buscar a una mujer de la que ya no quedaba nada. Adquirí una capacidad portentosa para seducir a las mujeres sin que en ello encontrara ningún placer especial. Cierta día observé que me bastaba cruzar una o dos frases con una para entrar en una aventura amorosa que ni me iba ni me venía. Luego venían los esfuerzos por liberarme de todas las ataduras, tarea en la que la mayoría de las veces me dejaba las plumas y el pellejo. Después de mucho pensar, y dado que tales flirteos no me hacían sentir ni satisfecho ni orgulloso —es más, no me reportaban el menor placer—, pergeñé un plan perfecto para evitarlos. No obstante, en mi fuero interno sonreía ante aquel juego que me había liberado del yugo tras veinticinco años en compañía de una única mujer; una mujer a la que conocí en los años setenta, una mañana de invierno, y con la que me casé esa misma tarde. Al filo de la medianoche ya tenía claro que había metido la pata; un error fatal imposible de subsanar. Antes de perder el olfato, yo era capaz de descubrir los detalles más íntimos de las mujeres con las que me cruzaba, y lo hacía con solo analizar la mezcla de olores que desprendían. Lograba distinguir con bastante precisión lo que en ellas era indefinido o poco evidente. Por ejemplo, podía adivinar de manera aproximada su edad, el color de su piel, los cosméticos que utilizaban o la naturaleza de su pelo. Era capaz de intuir los últimos platos que hubieran preparado y a veces incluso si acababan de mantener relaciones sexuales. También si al respecto se sentían

satisfechas o completamente frustradas. Lo sabía sin necesidad siquiera de mirarlas. No obstante, en aquel nuevo estado debía recurrir a las manos para descubrir tales detalles, lo cual exigía de mí una especial delicadeza capaz de sortear la grosería y la violencia del tacto. Pese a mis esfuerzos, no logré evitar que a veces se dieran situaciones ciertamente lamentables.

No hace falta recalcar que tal inclinación natural hacia el conocimiento a través del olfato no era solo técnica sino también sentimental, pues en el fondo lo que me conducía a tales experiencias era algo así como una pasión abstracta, innombrada y de rasgos indefinidos. Era una sensación parecida al amor por las matemáticas, algo intangible, algo que solo se puede dar en los recovecos de una mente perspicaz, donde únicamente la inteligencia puede discernir lo que debe ser de lo que no. Tampoco necesito subrayar que mi vida sexual, en lo que a aventuras y escarceos se refiere, era muy pobre, y que, en los pocos casos que puedo considerar como tales, la mujer siempre pasaba de icono idealizado a «cuerpo en la cama» a través de una transformación trágica sin retorno posible. Con todo, debo señalar que mi matrimonio con Bahiya Mehdi no fue un caso donde ella pasara de icono idealizado a «cuerpo en la cama», sino un ejemplo de mi perpetua incapacidad para comprender la realidad. Por mucho que lo hubiera intentado, por mucho que me hubiera esforzado, no habría podido evitar lo sucedido ni tampoco influir en cómo sucedió.

Al principio de aquella fase en la que dejé de sentir placer, me resistía a aceptar la vacuidad que la pérdida del goce conllevaba, e hice gala de una completa y depurada elaboración técnica de mis capacidades, de tal manera que convertía mis actos en verdaderas expresiones de fruición sin que en realidad fueran tal cosa. En esa búsqueda encubierta del placer, me aficioné a la cocina, adquirí un conocimiento enciclopédico sobre enología, llevé a cabo un importante estudio artístico sobre escultura romana y escribí *Cartas a mi amante*, un conjunto de reflexiones sobre el amor y la desesperación relacionadas con esa mujer que un día perdí y de la que volví a

enamorarme al intentar recordarla, aun sin lograrlo. Se trataba de una serie de disquisiciones publicadas por capítulos en el periódico en el que trabajaba y que, más tarde, salió a la venta en forma de libro, el cual fue considerado por cierto crítico como una de las más importantes reflexiones sobre el amor jamás escritas desde *El collar de la paloma*.

Toda aquella exuberante productividad dejó en mí la huella que pretendía, la de persuadirme de que era plenamente capaz de sentir los deleites más refinados, los placeres más complejos, esos que en esencia se vinculan con la aprehensión de la belleza, no solo en su forma ya realizada, sino también con lo que de ella hay de realizable. La fuerza de tal ilusión me llevó al convencimiento de que lo más importante en el placer es apreciar cómo va tomando forma o, para ser más precisos, el proceso que lo consolida. Así, por ejemplo, lo más importante de disfrutar del vino no era el impacto sensorial que produce en quien lo degusta, sino la compleja química que provoca tal impacto, lo que conlleva que el placer al final resida en el sol, en el aroma de la tierra o de la lluvia antes que en el interior del fruto o en el líquido mágico extraído del mismo.

Convencido de ello, me entregué a la vida y también me hice más prolífico. Así fue cómo, de escribir una columna diaria, pasé a publicar toda una obra en capítulos, a preparar varias crónicas y reportajes al mes y a publicar cada semana un artículo de crítica literaria en una revista especializada. Paralelamente, empecé a llevar una vida ajetreada que poco tenía que ver con mi gris existencia anterior, durante la cual garabateaba aburridas reseñas sobre libros que de manera gratuita caían a diario entre mis manos. Todo esto fue para mí una verdadera resurrección, me hizo volver a cuidarme, a preocuparme por mí mismo. Empecé a recuperar antiguas amistades, a cultivar un mínimo de disciplina tanto en mi vida profesional como en mi vida privada, lo cual molestó a mi mujer, llevándola a dudar de veras sobre cuál era su papel en aquellas transformaciones. Para ella, cuando yo afirmaba haber perdido la fuerza necesaria para disfrutar de la vida, lo que hacía en realidad era ponerme una

careta para ocultar mi vergüenza por entregarme al placer pese a todo lo ocurrido.

Les conté a mis amigos que no disfrutaba absolutamente con nada. Incluso estuve a punto de decirles que no disfrutaba con nadie. No recuerdo cuándo empezó aquello, si me sobrevino de golpe o si llegué a aquel instante aciago poco a poco. Solo recuerdo que, durante mucho tiempo, tuve la sensación de que nadie podía hacer nada por nadie, de que todo el mundo —por sólida y afectuosa que fuese su relación con los demás— al final debe afrontar su destino en soledad, de que tendemos naturalmente a la depresión, a la autocompasión. La sensación de que nunca nadie, absolutamente nadie, consigue ser feliz gracias a los demás por cercanos que nos resulten o queridos que puedan ser; la intuición de que no es posible conocer ni un momento de dicha —intensa o insignificante— más que a partir de los pequeños detalles que se hallan en nuestro interior.

Entonces acepté la situación como si de una especie de muerte parcial se tratara. Cuando recordaba la época en la que me mostraba entusiasta y apasionado por todo, era como si me acordara de un muerto. Debía asumir aquello en lo que me había convertido para ser de nuevo aquello que había sido. Solo así volvemos a ser lo que fuimos, alguien cuyas manecillas vuelven a ponerse en hora. Es por eso que no opuse resistencia ni busqué remedio alguno; todo lo que hice fue ponerme en pie, como era de esperar en un hombre que amaba la vida, y dar carpetazo a esa existencia confiscada sin dar explicaciones a nadie.

Tal fue el vuelco que dio mi vida cuando mi único hijo —un estudiante brillante en una de las más importantes escuelas de ingeniería de Francia— decidió irse a luchar codo con codo con los muyahidines de Afganistán hasta que Dios lo reclamara. Y eso es exactamente lo que Dios hizo. A los pocos días de llegar. Recién cumplidos los veinte. En unas circunstancias extrañas que jamás he logrado aclarar.

Una mañana, cuando me disponía a salir de casa, vi que alguien había deslizado por debajo de la puerta una nota con las siguientes

palabras: «Si eres el padre de Yasín, te felicito. Dios te ha honrado con el martirio de tu hijo».

A continuación sonó el teléfono. Me llegó una voz masculina que por su acento reconocí como del norte de Marruecos. En el auricular se repitió la misma frase, fría, ahora adornada con las fórmulas habituales de condolencia.

Dejé la nota sobre la mesa para ver cómo mi mujer se la acercaba a los ojos y cómo estos la recorrían, vacilando como los de un animal a punto de ser degollado. Luego se ahogó en un aullido agudo y cristalino y cayó al suelo.

Me costó llevarla a cuestas hasta la cama del dormitorio mientras yo mismo me arrastraba, pero en ningún momento llegué a sentir el aguijón de la tragedia punzándome. Era consciente de que el drama estaba allí, pero aquello no iba conmigo. Lo veía extendiéndose lentamente ante mí, como una mancha de aceite. De no haber comprendido que mi mujer se encontraba en pleno colapso, habría interpretado su derrumbe como algo meramente físico. Era como si con aquella tragedia ella viniera a vengarse de tantos años de distanciamientos, de tantos años en los que no se había permitido la más mínima emoción. Sentado, me fijé en mis dedos, que jugueteaban con la nota de condolencias. De vez en cuando echaba un vistazo a Yasín, mi hijo, que me observaba desde la fotografía que presidía el cuarto de estar. Miré su rostro infantil, tan inocente, tan dulce, tan frágil, tan severo. En un abrir y cerrar de ojos se sucedieron ante mí algunas escenas de su efímera vida: desde aquella mañana en la que mi mujer me anunció, nada más levantarse de la cama y mientras se atusaba el pelo con las manos abiertas, su convicción de haberse quedado embarazada tras el largo y plácido revolcón de la noche anterior, hasta el primer vagido de Yasín ante el pediatra. Recordé cómo el chico fue creciendo más o menos rápidamente, todos sus miedos, alegrías y preocupaciones, y también los tiras y aflojas respecto a su manera de comer y de vestir; las peleas por su educación y sus juegos, por sus entradas y salidas. Me acordé de cuando fuimos a despedirlo a la estación, el día en que un tren se lo llevó al

aeropuerto desde donde viajó a París. Y, de allí, a las tinieblas. También de su primera y última carta:

Los estudios me van mejor de lo que me esperaba, pero la ciudad está siendo bastante más dura. Creo que mi primera historia de amor la viviré con algo de retraso respecto a lo que es habitual entre los Farsiwi. No sé si puedo considerarme el mejor de los hijos, pero tampoco creo que vosotros seáis los mejores padres. No me enviéis dinero hasta que os lo diga. Así, desde la distancia, casi os puedo decir que os quiero aunque me dé miedo hacerlo.

Pasé varias horas escuchando al teniente de policía durante el interrogatorio al que nos sometió a mi mujer y a mí en relación a la nota y a la llamada telefónica. Como atontados, tuvimos que responder a preguntas acerca de las amistades de Yasín, sus conocidos, sus costumbres, sus lecturas y la música que escuchaba; también sobre las películas que veía, de qué equipo era y sobre su mezquita favorita. Fue como tratar de recomponer el puzle de su vida para ofrecérsela como un cadáver amortajado al teniente, mientras él no añadía nada, solo preguntaba.

—¿Le parece bien que muriera así? Lo siento... En realidad quiero decir: ¿simpatiza usted con su causa? Bueno..., ya sé que usted no lo sabía..., que es cierto que no sabían nada, pero... ¿está usted triste por lo sucedido?

Fui sincero:

—No, no lo estoy.

Al conocer la noticia, me arrebató tal ataque de ira que no pude sentir ni desconsuelo ni tristeza. En aquellos momentos, de haberme encontrado frente a frente con Yasín, lo habría matado yo mismo. ¿Por qué tuvo que hacerme algo así? ¿A qué venía burlarse de mí con esa arrogancia? ¿Qué razones podía tener para un ultraje semejante? ¿Por qué me tuvo que empujar al abismo en torno al cual yo había estado merodeando toda mi vida? Y, además, ¿cuándo empezó todo? ¿Cuándo germinó en él esa semilla emponzoñada?

¿Antes de nacer incluso? ¿Después? ¿De niño? ¿De adolescente? ¿Ya estaban sus juegos manchados de sangre sin que nosotros acotáramos a verlo? ¿Cómo hemos podido vivir con un ataúd instalado entre nosotros?

Estas y otras preguntas me llevaron a pensar que toda mi vida había sido un inmenso error. Nada de lo sucedido habría pasado de no haber permanecido tanto tiempo avanzando en la dirección equivocada. Pensé a diario qué decisiones podía tomar para, en la medida de lo posible, corregir aquel desastre. Pero vi que era imposible, y empecé a sufrir confusos síncope en el curso de los cuales abandonaba mi cuerpo, y quedaba suspendido entre una persona ausente y otra que contemplaba a esta con curiosidad, sin saber qué dirección tomar.

El caso es que yo, hasta ese momento, había tenido una vida en cierta manera tranquila. Y es que, a excepción de la complicada relación con mi padre, la trágica muerte de mi madre y los años que pasé recluido en la prisión central de Kenitra sin saber muy bien por qué, mi existencia se compuso de una sucesión de hechos interrelacionados donde una cosa fue llevando a la otra sin excesivas complicaciones.

Primero, cuando vivía en Fráncfort, me afilié a un grupo de extrema izquierda que me condujo a una organización marroquí escindida del Partido Comunista. Enseguida me cansé del esfuerzo que me exigía estar siempre en la brecha y me afilié a un partido de la izquierda moderada, lo que no evitó que uno de mis antiguos compañeros conservara mi nombre en sus archivos y, por ello, me detuvieran con grandes alardes y me llevaran a la legendaria comisaría de Derb Mulay Cherif. Luego vino un juicio del que no comprendí ni una palabra y, más tarde, una prisión que se tragó tres años de mi vida a cambio de nada.

Y mientras la mayoría de mis amigos se lanzaban a vivir fastuosas historias de amor, yo me conformé con preguntarle a una compañera de facultad después de haber estado un rato charlando con ella:

—¿Tú te casarías conmigo?

A lo que claramente nerviosa me respondió:

—¿Por qué no? Aunque para pedírmelo al menos podías sonreír un poco, ¿no?

Un día después de la boda, descubrí que mi afinidad con Bahiya era total. Éramos dos seres perfectamente compenetrados, dos máquinas trabajando con el mismo programa. Amábamos en la misma medida y con la misma intensidad la misma comida, la misma bebida, la misma música, las mismas películas, los mismos libros, los mismos cuadros y las mismas ciudades. Incluso en el ámbito sexual, vivíamos hasta el más nimio de los detalles con el mismo deseo y las mismas ganas de satisfacerlo. Todo en un grado de perfecta armonía técnica en la que no había lugar para la menor perturbación, para la más insignificante turbulencia afectiva, para ningún mal presentimiento ni para la más mínima sorpresa. Una avenencia de gestos que empezaban y terminaban dentro de la misma previsibilidad y que solo dejaban tras de sí un rastro de ceniza sin vestigio de llama; ceniza volcánica fría y petrificada, de una época remota; de un volcán por cuyos profundos cráteres nada más emergía nuestro aliento pausado, la respiración de dos momias exangües.

Una compenetración tan inusual me sorprendió tanto como descubrir, de manera turbadora y descorazonadora, que jamás llegaría a enamorarme de ella. Así, desde el mismo momento en que lo di por cierto, una tirantez crónica se instauró en nuestra relación. Para ella, yo siempre me contentaba con lo mínimo, lo cual la irritaba y la ponía de mal humor. Yo, por mi parte, la consideraba un fastidio, alguien que no paraba de incordiar-me a cada momento y que provocaba en mí una sensación de derrota.

La muerte de Yasín aceleró el hundimiento de nuestra relación, con todos los enfados, peleas, deseos homicidas y sentimientos de culpa que tal desmoronamiento conllevaba. El principio del fin llegó cuando ella se dio cuenta de que aquella pérdida tan dramática no me había entristecido.

No sabría muy bien cómo definir la situación. Yo era plenamente consciente de lo que significaba que Yasín hubiera muerto por su vinculación con los talibanes. Me lo imaginaba manchado de

sangre, tendido en el suelo en cualquier lugar, tras un ataque o un combate, esperando a que alguien lo recogiera de entre el polvo del camino. Me preguntaba si habría pensado en mí antes de expirar, si decidió seguir adelante hasta el final, si un súbito arrepentimiento se apoderó de él o si lo enajenó la magnificencia del martirio. Al recordarlo, me sentía incapaz de imaginar que pudiera encontrarse bajo tierra o retozando entre las sombras del paraíso. Pero en ningún momento caí presa de un dolor insoportable. Hasta yo me sorprendí cuando un día me vi a mí mismo convencido de que Yasín no había muerto, de que no existían indicios concluyentes de que la noticia procediera realmente de Afganistán, pues la nota la habían escrito en Marruecos y la llamada podría haberse hecho desde cualquier sitio. Supuse que toda la historia había sido urdida solo para despistarnos y que Yasín reaparecería en cualquier momento y ejecutaría aquí atentados terroristas sin que para ello fuese un obstáculo su antigua identidad.

Todo esto se lo conté a Bahiya. También le dije, intentando explicar mi comportamiento, que un padre, guiado por su intuición y sus sentimientos, no se deja engañar fácilmente por las apariencias; que ese padre, a quien su corazón lo lleva a buscar la verdad, debía oponerse a un duelo que no tenía razón de ser. Pero mi mujer no estaba en sus cabales. Se encontraba sumida en un luto a través del cual experimentó todos los tipos posibles de histeria, no solo porque yo cuestionase la muerte de Yasín, sino por haber hecho de él un sanguinario asesino en potencia. Yo, por mi parte, cerca estuve de creer que aquella historia tendría un final milagroso, que Yasín regresaría y que volvería a mi vida como un hijo nuevo. Pero en aquel trance recordé que el milagro, en caso de suceder, entregaría a Yasín a un destino igual de cruel, y la nota de condolencia vino de nuevo a mi mente sin que ya nada pudiera desmentir su veracidad.

—¿Por qué no le hacemos una tumba a Yasín? Es lo que más podría unirnos —propuse un día a Bahiya.

Me miró fijamente, con dureza, sin dejar de poner en orden el dormitorio, y me respondió:

—Casi mejor que nos cavemos una tumba el uno al otro, nos enterramos vivos y nos echemos encima toda la tierra del mundo. Eso sí que nos uniría, ¿sabes?

Podría haberme largado de casa para no volver jamás. De haberlo hecho, habría evitado una derrota completa y absoluta.